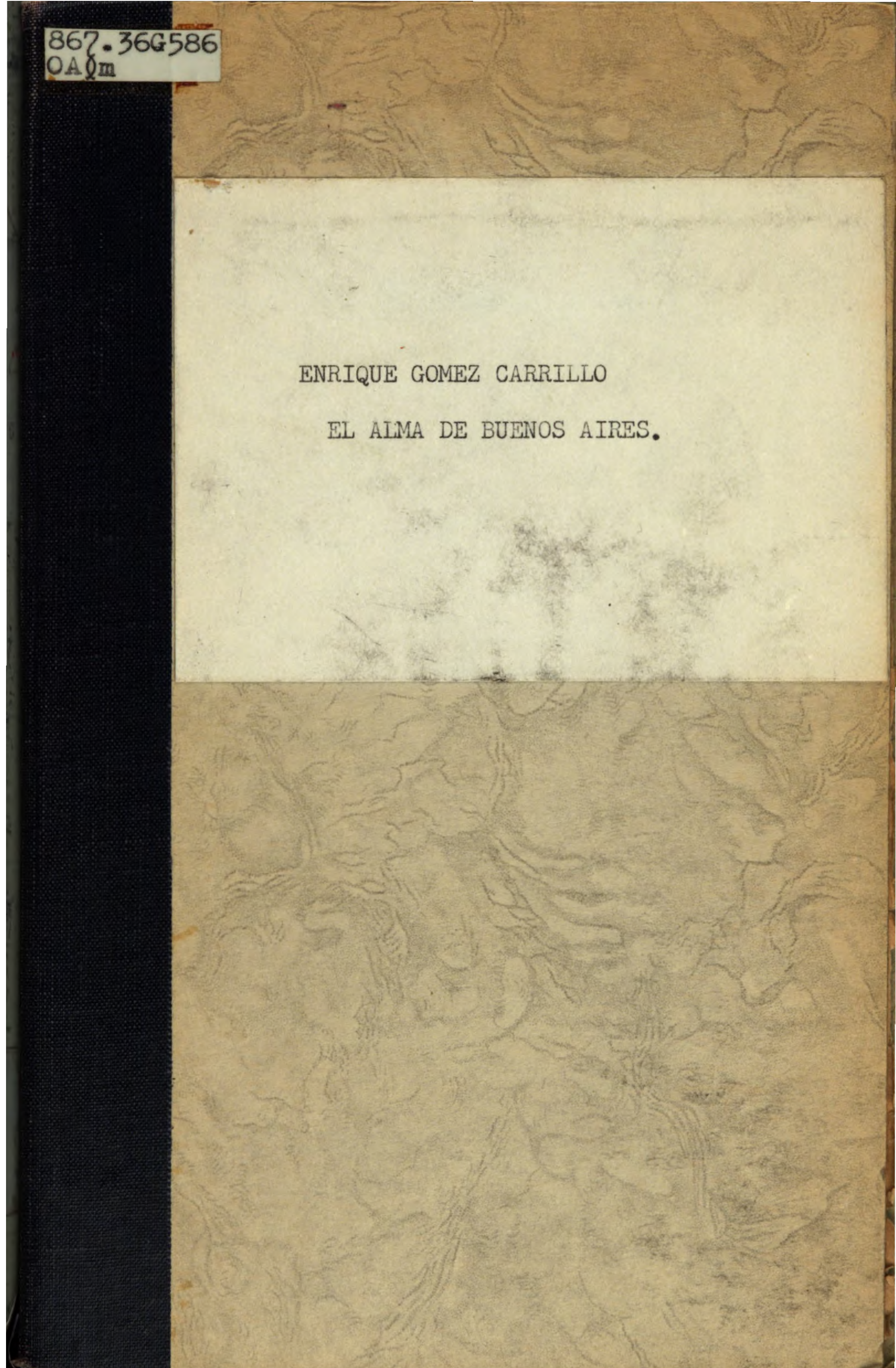


ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

EL ALMA DE BUENOS AIRES.


Año II — N.º 39 Buenos Aires, Agosto 12 de 1918

LA NOVELA SEMANAL

El Alma de Buenos Aires

POR

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

PRECIO: 10 Centavos

S67 ...

648 ...

"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN — Sarmiento 730
Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.
Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.
Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 633.
Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.
Agente en Córdoba y Río 4.o: NICOLAS GULFO.

Importante para el lector

La colección completa de nuestras obras (la mayoría reeditadas) se pone en venta por última vez durante el curso de Agosto al precio único de 10 centavos el ejemplar. Pasada esa fecha el número atrasado valdrá $ 0.20.

Hemos extendido el plazo y otorgado al lector la facilidad de adquirirla a 0.10 el ejemplar durante 30 días más o sea durante Agosto (fecha impostergable) para que el coleccionista pueda obtenerla por poco precio.

Pídanse en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

En el fin de esta obra va la nómina de las novelas publicadas hasta la fecha.

Dtor. MUNIAGURRIA
Médico de Niños

R

Considero a la harina para niños "Seminol" que elabora la Compañía Argentina de Productos Dietéticos como un elemento de primer orden en la alimentación de los niños sanos i enfermos.

Rosario julio 16/916

[illegible]

AÑO. II— BUENOS AIRES, LUNES 12 DE AGOSTO DE 1918 N.° 39

DIRECCIÓN

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

EL ALMA DE BUENOS AIRES

Interesante obra inédita

escrita especialmente para LA NOVELA SEMANAL

POR

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

PRIMEROS PASOS

Lo primero que desconcierta a los viajeros en Buenos Aires, en el centro, entre la plaza de Mayo y la plaza del Congreso, entre el paseo de Julio y la avenida del Callao, es lo igual de las calles. "No hay medio de distinguirlas unas de otras", dicen. Y la verdad es que, fuera del gran bulevar y de la calle Florida, las demás vías comerciales son todas idénticas. Tres semanas llevo recorriéndolas, con curiosidades nunca saciadas, cariñosamente, ávidamente, y aun no logro darme nunca cuenta del lugar en que me hallo. Los mismos argentinos, aunque no todos lo confiesan, me parece que cuando alguien les pregunta de improviso: "¿Dónde estamos?", du-

dan un minuto y buscan con la vista el monumento, o la tienda, o la perspectiva que puede orientarlos de un modo seguro. Que, hasta cierto punto, esta particularidad sea común a todas las ciudades nuevas, nadie lo niega. En Nueva York, en Berlín, en el mismo París de la Estrella y de Passy, cada vez que nos encontramos entre bulevares recién construídos experimentamos una sensación penosa de uniformidad y de monotonía. La gracia pintoresca de los laberintos antiguos, creados por el sabio capricho de los siglos, no ha seducido nunca a los fundadores de ciudades . Para que una población sea artística, casi puede asegurarse que es preciso que haya nacido del azar. En cuanto los hombres, conquistadores o reformadores, se proponen hacer algo. no llegan sino a la belleza higiénica y cómoda, que es la peor de las bellezas. Y no me refiero únicamente a las civilizaciones modernas. En la antigua Grecia, los legisladores que, apoyados por los oráculos, trazaban de antemano los planos de sus metrópolis, crearon la fealdad de Esparta, nacida antes que las leyes que debían regirla. Pero la palma de la monotonía urbana debían llevársela nuestros lejanos abuelos los conquistadores al inventar e imponer en todo el nuevo mundo la teoría siniestra del damero con sus cuadros paralelos. ¡Ah, las manzanas, las odiosas manzanas de las Américas!

Los cronistas de la conquista, al hablar de la creación de Buenos Aires, dicen: "El teniente gobernador, en nombre del adelantado, dividió el terreno en dieciséis manzanas de Norte a Sur, "y algunas menos de Oriente a Poniente." Lo de adelantado, que tanto hace sonreir en otros casos, aquí está bien escrito. Adelantándose a la deliciosa y absurda topografía de su época y de su patria, el señor don Juan Torres de Vera y Aragón, servido por su ejecutor Juan de Garay, contribuyó a crear el tipo de ciudad cómoda que luego había de dar a un continente digno de mejor suerte una fealdad urbana innegable e insuperable.

LA VIDA INTENSA

No hay, en efecto, ni mendigos, ni frailes' ni perros, ni ciclistas en esta villa dichosa. En cambio, parece que las moscas... Pero ¿a qué me meto yo en observaciones o lo Jules Huret?... Lo que me interesa es la vida callejera con su vértigo elegante, los perpetuos cortejos de coches, que dejan ver a través de sus cristales siluetas alucinadoras; el ir y venir activo, fuerte, sano de sus hombres de trabajo; el lujo de sus tiendas, de sus hoteles, de sus

cafés; lo que representa la vida, movimiento, acción, fuerza y esperanza, en fin. Y esto, aunque se desarrolle en un marco que nada tiene de cómodo, entre el griterío de los que venden billetes de lotería, periódicos, flores, y el fracaso ensordecedor de las trompetas de automóviles, y el repique perpetuo de las campanas de tranvía, tiene la verdadera belleza, no diré moderna, sino eterna, que es la belleza de las fuertes palpitaciones humanas, la misma que encontramos en las evocaciones de la Roma pletórica de hace veinte siglos y en la Florencia congestionada del tiempo de los Médicis, la belleza de París y de Viena, la más real de todas, la única quizá. Porque las manifestaciones estéticas de actividad de las ciudades privilegiadas no pueden existir sino en los pueblos que unen a la acción el buen gusto. Ved Berlín, por ejemplo: en sus calles, ricas y laboriosas, las multitudes son feas, son sombrías. Y es que Berlín no sonríe, como tampoco sonríe Chicago. Pero Buenos Aires, que forma parte del mundo latino, tiene otra alma, y por eso cuando se apiña en sus calles incómodas parece que se divierte, y cuando llena el espacio con el rumor de su negocio diríase que canta.

¡Oh, vida intensa de Esmeralda, de Corrientes, de Florida, de Maipú, de todos los callejones interminables de la "city", cuán poco os parecéis a las visiones que en general se forma el mundo de lo que es una gran ciudad americana! Todos los que venimos de lejos hacia vosotras traemos prejuicios que han hecho nacer los que, queriendo halagaros, os quitan lo que tenéis de mejor, que es la expresión, el carácter, el temperamento. Os imaginamos eléctricas, y no sois sino nerviosas... Os vemos pobladas de rascacielos de acero, y aun os divertís, cual las viejas aldeas españolas, en poner flores en vuestras ventanas... Os creemos sólo ocupadas de negocio, y en vuestra estrechez generosa siempre reserváis un espacio para que los desocupados vean pasar a las mujeres airosas... Os tememos positivas, positivas hasta el yanquismo, y os encontramos llenas de frivolidades encantadoras... Os llamamos "parvenues", en fin, y luego nos encontramos con que, si lo sois, lo parecéis mucho menos que cien avenidas linajudas de Europa; de tal modo en vuestro orgullo nada hiere, en vuestra riqueza nada choca y en vuestro movimiento todo gusta...

LA CIUDAD PROCER

¿De qué época data este barrio central por donde ahora me paseo? A cada momento, un amigo que apenas ha cumplido los cuarenta años me dice, señalándome la avenida de Mayo:

—Todo lo he visto yo salir del suelo.

Y vuelvo los ojos hacia las fachadas, y por más que las contemplo nada encuentro que denote en ellas la insolente juventud de los palacios de Barcelona, de Munich o de Nueva York. En ninguna parte brilla la piedra blanca, blanca, blanca, de Broodway y del paseo de Gracia. Verdad es que aquí no hay piedra, lo que hace gemir a Anatole France; pero sean de lo que sean esos muros que se alzan por todas partes, una delicada pátina que parece obra de siglos da al conjunto un tono gris suave, agradable, de muy buen gusto y, si me es permitido hablar el lenguaje del Ateneo madrileño, muy "prócer".

Muy prócer, sí, muy hidalgo, muy caballeresco es el aspecto de ese pueblo. Así, yo lo veo, en una imagen simbólica de su futura grandeza, siempre vestido de negociante, de industrial y de banquero; siempre preocupado de ganar oro, mucho oro, es cierto; pero no con un continente de Uncle Sam, no, sino conservando la arrogancia gentil de aquellos traficantes florentinos del Renacimiento, que sabían vestir de terciopelo sus esfuerzos y florecer de lises sus codicias.

FLORIDA LA BIEN NOMBRADA

Todo lo que pueda soñarse de lujo, de alegría, de encantadora frivolidad, de buen gusto suntuoso, se halla reunido en esta calle

—Si fuera algo más ancha—aseguran algunos—, sería una rue de la Paix, un Bond Street...

Cierto. Sólo que ya no sería Florida. Y su belleza, su carácter, su estilo, si puedo expresarme así, está conjuntamente en no ser una copia de ninguna arteria europea. Porque así como en la avenida de Mayo uno se dice, desde luego: "Ese es el bulevar", aquí, aun queriendo encontrar puntos de comparación, tiene uno que preguntarse: "¿A qué se parece esto?"

Y si se parece, hasta cierto punto, a las alegres calles de las capitales italianas; si tiene algo de la deliciosa y bulliciosa Sierpes, de Sevilla; si rivaliza en magnificencia con las más ricas vías parisienses, no es nunca posible contestar:

—Es un reflejo de tal sitio.

No, no es un reflejo. Es tal vez una síntesis, hecha con arte exquisito, de todo lo que hay en Europa de más distinguido, de más animado, de más brillante, de más moderno. Pero, o mucho me equivoco, o esta síntesis tiene ya una marca peculiar y expresiva que la hace inconfundible e inolvidable. Las mismas calles que la rodean, y que son iguales en trazado y en arquitectura, no tienen con ella punto ninguno de contacto estético. Su animación resulta, si no más intensa, sí más armoniosa, más rítmica que la del resto de la "city". La gente no corre por sus aceras, ni se codea en sus encrucijadas, ni se atropella en sus esquinas. Mejor que una arteria comercial parece un paseo.

Y, en efecto, eso es, con sus innumerables tiendas de amenas suntuosidades, con sus letreros áureos que corren por los balcones anunciando trajes y mantos, con sus confiterías aristocráticas, con sus escaparates llenos de pedrerías, con sus numerosas exposiciones de arte. Y al mismo tiempo es otra cosa más risueña y más íntima: es casi un salón en el cual nadie tiene prisa.

LAS DAMAS

En otro tiempo, según dicen, las damas no se atrevían a pasar por estas aceras, temerosas de la juvenil galantería. ¡Cómo me acuerdo de un famoso artículo publicado hace cinco años por "Le Matin", de París, y en el cual los paripatéticos de Florida aparecían pintados con colores algo salvajes!

—Exageradísimo es esto—me aseguró entonces un diplomático argentino.

Y agregó:

—Falso del todo, no...

Hoy supongo que los jóvenes aquellos ya han muerto, pues no sólo nada me choca en las maneras de los que se detienen en las puertas de las tiendas para ver pasar a las muchachas, sino que hasta los encuentro mucho más finos, mucho más discretos que sus hermanos de Europa. ¡Venid aquí, tenorios de la Carrera de San Jerónimo, venid y aprended a admirar sin insolencia y a cortejar sin grosería! Y vosotros también, los morenos señoritos de las galerías de Milán, haced el viaje hasta esta tierra si queréis recibir una lección de galanteo distinguido...

Las leyendas son tan tenaces, sin embargo, que en Buenos Aires mismo he oído a más de una persona grave quejarse del poco

respeto con que los jóvenes "bien" se conducen en la alegre calle.

—Yo—decía anoche un porteño distinguido—no le permitiría a mi mujer que fuera a pasearse por Florida como se pasean las señoras por la rue de la Paix.

—Y en París—le pregunto—, y en Roma, y en Madrid, ¿le permitiría usted que fuese sola a las calles centrales?

—Sí, señor... En Europa los hombres son más finos.

—Yo, que vivo en París, tengo una idea contraria, señor mío.

Las porteñas me parece que piensan como yo, pues a ciertas horas se las ve recorrer la vía de todas las elegancias sin dar muestras, ya no digo de tener miedo, pero ni siquiera de sentir el menor recelo. Y esto es justamente lo que adorna, lo que florece a Florida; esto es lo que le da aspecto delicioso y risueño; esto es lo que, perfumándola, la hace muy distinta de las ruidosas arterias vecinas, por las cuales casi sólo hombres pasan.

ESPLENDORES

—¿Ha visto usted algo más rico?—me pregunta mi amigo, mostrándome las vidrieras de las joyerías.

No es la riqueza lo que a mí me pasma; es el buen gusto, el refinamiento, el supremo "chic". Todas las piedras preciosas están ahí; pero no cual en los escaparates de Nueva York, ostentando sus quilates con la enorme grosería de su precio, no, sino como excusando su valor de mercadería entre las gracias artísticas de sus engarces. Los Lalique, los Brindeau, los Tiffani, los magos de la joyería, parecen haber escogido estas vidrieras para exponer sus más perfectas obras.

Y no son sólo los objetos de oro los que aquí merecen el nombre de joyas. Cada "deventure" representa un joyel. Esos sombreros, que vienen seguramente de algún Lewis o de alguna Carolina Reboux, son joyas; esos trajes, dignos de Poiret y de Marthe Wingrove, son joyas; esos encajes, en los cuales hay tantos ensueños hilados, son joyas; esos zapatitos minúsculos, que yo querría tener en mi mesa de trabajo para llenarlos de flores como búcaros de seda, son joyas; esos "bibelots" menudos, frágiles, translúcidos, son joyas; esas "echarpes" flotantes, con reflejos de cielo y de agua, son joyas; esas medias transparentes, caladas y pintadas, que estiran su garbo tentador en inmóviles pantorrillas de cera, son [illegible]. . . Para adornar dignamente al único ídolo que no conoce

iconoclastas, al eterno y omnipotente ídolo femenino, la industria moderna tiene siempre, en todas partes, manos liberales de joyero. Mas aquí a la liberalidad se une la delicadeza. Ni en la rue de Paix, en efecto, ni en Bond Street, ni en el Groben he visto tanta exquisitez unida a tanto lujo... ¡Y pensar que aun hay, no obstante, en el mundo millares y millones de seres que, si quieren hablar de algo que es raro y sin gusto, dicen: "¡Eso está hecho para América!"

América, encarnada en su metrópoli argentina, no tiene hoy, estéticamente, nada que envidiar. Sólo que ¿cómo hacer comprender tal verdad a Europa Yo mismo confieso con rubor que, cuando Rubén Darío me pronunciaba largos discursos familiares sobre el refinamiento de Buenos Aires, no podía dejar de pensar que todo aquello era una gentil exageración de poeta.

EN UN TEATRO

¡Oh, cuadro encantador!... No se ve una figura que parezca tener más de veinte años; no se distingue una sola boca crispada; no se advierte una arruga, por prematura que sea. Yo me sirvo, algo insolentemente, de unos gemelos prismáticos que me ha prestado un vecino y que me permiten examinar los más nimios detalles. Gracias a ellos descubro, al fin, en el fondo de los palcos a las damas maduras, que deben ser las mamás. ¡Con cuánto pudor se esconden las infelices detrás de sus lindas hijas adolescentes! Y pienso en el buen tirano que en Madrid y en París podría, inspirándose en esta costumbre, dar una ley ordenando que en todos los teatros parisienses y madrileños se hiciera lo mismo...

Mi amigo me dice:

—¡Si hubiera usted visto esto hace algún tiempo, cuando sólo nuestra aristocracia ocupaba los palcos!... Entonces sí que podía decirse que no había nada tan distinguido en el mundo.

—Pero ¿y ahora —le pregunto lleno de estupefacción.

—Ahora—me contesta—todos nuestros grandes teatros comienzan a ser invadidos por nuevas capas sociales, que ni en gustos, ni en modales, ni en belleza pueden compararse con las antiguas. En el Colón, sobre todo, nótase este cambio. Hace todavía cinco o seis años, en las noches de abono, era aquello una verdadera reunión de familia. ¡Ah! Entonces sí hubiera usted comparado cada palco con un estuche de joyas de alto precio... No había sino ojos negros, caras pálidas, cuerpos altos, gargantas admirables, cabelle-

ras de azabache... ¡Y qué recato en todas partes!... ¡Qué silencio tan absoluto durante los actos!... ¡Qué majestad en los movimientos!... Veíase que aquellas eran niñas nacidas en casas patricias y criadas en un medio ambiente de lujo, de orgullo y de virtud... Hoy, ya usted ve...

—Yo no veo sino grupos exquisitos de muchachas enloquecedoras...

ENTRE FLORES Y SONRISAS

¿No le parece a usted lindo? — me pregunta alguien.

—Sí—le contesto—, demasiado lindo.

Y es que, realmente, aun los que más acostumbrados estamos a la gracia ordenada de la jardinería francesa, nos sentimos sorprendidos por la extraordinária y deliciosa artificiosidad de las avenidas de Palermo.

El creador del paseo fué, según parece, un señor Thays, a quien Clemenceau llama el Le Nôtre argentino. De Le Nôtre adviértesele desde luego, el gusto exquisito de los arreglos floridos, el amor de los mármoles paganos entre las enramadas y la preocupación de los boscajes hechos como para fiestas galantes. Pero en un terreno cual este, sin ondulaciones, no era posible hacer un parque de Versalles. Probablemente no era eso tampoco lo que el Le Nôtre porteño quería. En la imaginación de los jardineros actuales lo que más prestigio tiene no es el arte, casi divino, de los paseos del siglo XVII francés, sino el estilo de los Campos Elíseos y del Bosque de Bolonia. Visitad cualquier ciudad nueva, grande, rica, y veréis que una de las primeras cosas que os enseñan es su avenida del Bois. La de Buenos Aires, o, mejor dicho, las de Buenos Aires, son, sin duda, las más bellas entre todas las que el mundo ha improvisado. No tienen árboles milenarios, es cierto, ni tienen tampoco la belleza de las vastas perspectivas elevadas. En cambio, poseen plantas tan variadas que uno no sabe a veces si está respirando el perfume embriagador de los trópicos o el suave aroma del Norte europeo. Entre las palmas crecen los álamos; junto a los magnolios gigantes álzanse los pinos negros. Y con las flores pasa lo mismo. Porque aquí las flores no son un mito. Repartidas gentilmente en "parterres" que un jardín principesco envidiaría, alegran la vista y embalsaban el aire. El rudo sembrador de Meunier, cuyo gesto de campesino sorprende en tal sitio, se ha resignado a sembrar geráneos y azaleas en vez de trigo. Todo lo grande, todo lo fuerte, todo lo recio, diríase que aquí se afina y se engalana

con galas casi femeninas. Recorriendo la avenida Alvear, que es la Avenue des Champs Elysées de Buenos Aires, se siente uno agradablemente sorprendido por la gracia de sus arquitecturas. Aquí cerca, según parece, algunos extranjeros han edificado palacios dignos de competir con los famosos horrores de Barcelona, de Munich y de Budapest. "Un inglés—dice Huret—ha reunido "cuanto el mal gusto podía reunir en un mismo sitio: cascos es- "culpidos, animales heráldicos, monstruos fabulosos, gárgolas gó- "ticas, frontones griegos y ventanas Renacimiento." Yo he tenido el honor de ver este modelo de suntuosidades complicadas. Lo que he visto al pasar, sin detenerme para admirar detalles, me ha parecido tan delicioso como lo que se ve en París en la avenida del Bosque. Justamente, una de las cosas que me llaman la atención es el buen gusto por todas partes notable. ¿Cómo—nos preguntamos—, cómo y por cuál milagro un pueblo que comenzó a echar sus millones por las ventanas en la época macarrónica del "art nouveau" y del "modern-styl", ha logrado defenderse contra la influencia de los belgas, de los alemanes y de los catalanes?... En París mismo, donde el buen gusto forma parte de la tradición nacional, las casas y los palacios imitados del teatro Loïe Fuller fueron, allá a principios de nuestro siglo, una pesadilla que deshonró algunas calles.

Aquí todo es puro, claro, rítmico, correcto. ¿Me decís que todo es vulgar, que todo es copia, que todo es trasplantación de estilos franceses e italianos de otro tiempo?... Probablemente tenéis razón. Pero puesto que estamos condenados a escoger entre copias bellas e invenciones espantosas, ha sido una gran virtud la de los que, renunciando al placer "parvenu" de "épater" a los burgueses, se han contentado con colocar en sus jardines de las grandes avenidas, palacios de nobles líneas clásicas.

¿Y qué no es clásico en este paseo admirable? Recorriendo sus terrazas floridas, he pensado más de una vez en el Salón del Prado, de Madrid, y me he dicho que es a Palermo al que le convendría este nombre. Un salón, en efecto; un salón cuyo suelo está alfombrado; un salón de invierno, con plantas raras, con lampadarios magníficos, con soberbios vasos de alabastro: he ahí lo que vemos todos los días aquí ¡El Salón de Palermo! Los caballeros, cuando dejan sus automóviles, se pasean en las avenidas, bajo los árboles raros, por las márgenes del lago o entre las flores de las platabandas, cual en un salón. Y yo no sé si hay en otra parte del mundo un espectáculo igual al de las mañanas domingueras, en

que las porteñas, después de misa, vienen a lucir aquí el "chic" de sus trajes, el garbo de sus cuerpos y la gracia de sus rostros.

—A mí—suele uno decir—me parecen más elegantes que bonitas...

Y en seguida, contradiciéndose, murmura, al verlas mejor:

—Con todo lo elegantes que son, resultan todavía más bonitas que elegantes...

Y es que, en realidad, ni pueden tener mayor belleza ni pueden tener más distinción. Aunque sea algo pesado compararlo todo con lo de París, en las parisienses hay que pensar viendo a las porteñas distinguidas que animan las magníficas alamedas de Palermo. Y si me decís, como me ha dicho la esposa de Jules Huret:

—Más lindas, más lujosas, más airosas son que las parisinas...

Si me decís eso, todavía soy capaz, a pesar de mi fervor conocido y reconocido, a pesar de mi amor casi religioso por la mujer de Lutecia, de contestaros:

—Puede que estéis en lo cierto.

En todo caso, si no superiores, tampoco son inferiores plásticamente, rítmicamente, suntuariamente. Andando a pie, con una soltura que no tienen las mujeres ricas de otros países; andando sin que la falda, por "entravée" que sea, llegue a embarazarlas, ni los tacones, por Luis XV que parezcan, las hagan vacilar, van, con pasos menudos y elásticos, ondulando según el compás de la moda, ora con la "allure souple" de las últimas invenciones, ora con la ligera y petulante rigidez de hace algunos cuantos años, y parece que hubieran sido encargadas por una de las "couturières" a la moda, y no a la moda para la exportación, sino a la moda sólo para París, por una Marthe Wingrove, por una Lucille, por un Poiret, de hacer ver al universo lo que es el poema vivo de una "toilette" bien llevada.

¡Ah, niñas de Palermo, deliciosas niñas morenas, que andáis como maniquíes de la rue de la Paix: cuán triste es que no decidáis, renunciando a vuestros hábitos, algo recelosos y también algo orgullosos, a pasearos igualmente por las calles céntricas de Buenos Aires! Ya sabéis que esas calles tienen fama de ser feas. Si vosotras las animárais, serían deliciosas. Pero es, sobre todo, en los jardines de las inmediaciones del Congreso y de la Casa de Gobierno, en los encantadores "squares" urbanos, hoy sólo visitados por hombres modestos, en donde yo quería veros. Porque venir hasta aquí sólo para admirar vuestro encanto, casi es consideraros cual un espectáculo de lujo, cual un espectáculo raro.

¿Cómo no comprendéis, ya que sois patriotas, que el mejor medio de dar prestigio a vuestra ciudad es engalanarla con el constante don de vuestras gracias? Las parisienses lo hacen en su París. Y puesto que sois también caritativas, ¿cómo no sentís lo piadoso que sería poner sobre la prosa terrible de un pueblo de negocios y de esfuerzos, a todas horas, en todas partes, la belleza de vuestras miradas? Un escritor muy grave ha dicho...

¡Eh! ¡Pero qué voy a meterme ahora en discursos serios, cuando a lo que he venido a este Palermo de flores, de lagos, de cisnes, de mármoles y de sonrisas, es a saborear la divina frivolidad criolla, que tanto indigna a los filósofos pesimistas y que tanto nos entusiasma a nosotros, los que no somos sino poetas? Todo es alado, todo es vaporoso, todo tiene un sutil aire de artificio y de teatro en el magnífico paseo. La tierra que pisamos en algunas avenidas es más bonita que la tierra en general. Es una tierra fabricada, según parece, para que lo verde del césped se destaque bien en su fondo rojo. Ciertas plantas tropicales, de puro hermosas, parecen de seda. Las rosas, en fin, las rosas y los jazmines, que el rudo segador de bronce no se atreve a segar, diríase que están colocadas en su vasta "corbeille" por manos que cada noche vienen a cambiarlas. Y lo estupendo es que esta sensación de "mievrerie" no choca con la grandeza del conjunto. El Le Nôtre argentino no ha hecho aquí el mismo milagro que su abuelo realizó en Versalles, donde cada detalle es delicado, casi frágil; donde cada boscaje parece hecho para una comedia de Molière; donde los ifs están tallados en forma de ramilletes y los mirtos componen guirnaldas, sin que eso impida que, cuando se contempla el parque entero, con sus avenidas y sus estatuas y sus enramadas, produzca una soberbia impresión de magnificencia.

Un amigo nostálgico, que me oye hablar, exclama:

—Lo que falta justamente a nuestro bellísimo paseo es algo que sea aristocrático, algo que evoque sombras augustas... Las democracias no son tristes, como dijo Tocqueville... Son antiestéticas...

¿Os acordáis de la famosa descripción que Paul Bourget hace de Hyde-Park, el más aristocrático, el más suntuoso paseo de Europa?

"Los caballeros trotan—dice—, las divisas antiguas blasonan "las portezuelas de los carruajes; los cocheros de librea, con sus "pelucas empolvadas, se mantienen rígidos en sus sitios, y a al- "gunos centenares de pasos, bajo los árboles del bosque, los mi-

serables vestidos de harapos, yacen echados sobre el césped."

En Buenos Aires, en Palermo, no hay escudos de armas en los automóviles; no hay automedontes de los que hacen pensar en cortejos antiguos; no hay ni siquiera carrozas de estilo clásico... Pero tampoco hay señores que se mueren de hambre entre las frondas. Y si a mi gran Valle-Inclán, hombre de paradojas, le parece que una cosa no compensa la otra, los demás, pensando con el alma y no con el amor de la tradición, creemos que entre los mejores bosques del mundo, el más bello es el que no conoce la miseria, aunque tampoco conozca la aristocracia... Después de todo, hasta de una manera ideal, lo más importante, si se trata de una verdadera raza de elegidos, no es nacer nobles, sino nacer bellos. Los títulos no son signos ni aun de verdadera antigüedad. El país más linajudo de Europa, Grecia, es el único que no tiene ni marqueses ni condes, ni duques. En la Argentina hay duques y condes, y también hay príncipes; pero, en general, ocupan puestos muy humildes, y si van a Palermo es como cocheros de algún "parvenu". En cambio, los plebeyos enriquecidos llenan las amplias calzadas con sus "autos" y las floridas avenidas con sus mujeres. Y para que la revancha de la democracia sea completa, esas mujeres tienen, no sólo lo que se puede comprar, no sólo lo que es lujo y esplendor, sino también lo que es un don del cielo: la belleza, la elegancia, la gracia, el encanto.

¡Ah, bosques de Palermo! ¡Cuán más hermosos, cuán más seductores, cuán más elegantes son tus desfiles sin blasones, pero sin mendigos; sin pelucas blancas, pero sin viejas damas grotescas; sin carrozas áureas, pero sin "misses" escuálidas, que los de aquel Hyde-Park de todas las aristocracias, de todos los orgullos y de todas las angustias!...

EL TANGO

Hay, sin duda, un tango terrible y magnífico que es, no sólo la pantomima del amor, cual otros muchos bailes, sino la imagen palpitante del espasmo. Es el tango español, hecho de sobresaltos, de temblores, de crispaciones y de agonías voluptuosas. Pocas noches ha, en pleno centro de Buenos Aires, en un teatro de los más elegantes, ante una concurrencia distinguidísima, vi a una muchacha de Sevilla que bailaba tangos flamencos. Era un bello espectáculo, seguramente, ante el cual, sin darse cuenta de ello, la asistencia embriagábase de voluptuosidad.

—¡Viva tu madre! — le gritaban los galanes sencillos de las galerías.

Y oyendo la exclamación tan española, yo pensaba que aquella chica, casi anónima, podía muy bien ser una hija de la Puga, fina y desnuda, a quien Barrés consagró uno de sus madrigales gaditanos. ¡Ah, sí! En su menuda persona palpitaba todo el instinto sagrado del amor puro y salvaje, y su belleza anillosa, estremeciéndose a impulso de un instinto indomable, ponía, cual una hostia púrpura, en los labios de sus admiradores de una noche, la sublime sensación de lo que no cambia nunca: del deseo, del placer, del vértigo...

Pero a no ser el nombre, ¿qué tiene de común el tango andaluz, bárbaro, sublime y patético, con su hermano el tango argentino, fino, felino y cortesano?...

El baile que veo esta noche en este "bouge" de Buenos Aires, y que es el mismo que he visto antes en los salones parisienses, lejos de encarnar el triunfo religioso de la santa, sana y fuerte Venus popular, personifica el estudio, el dominio de sí mismo, la aplicación sabia y el artificio refinado. No hay en él ni una nota, ni un ritmo, ni un paso, ni un gesto, ni una actitud, que sean naturales, que sean francos, que hayan nacido de la tierra cubierta de sudor amoroso, cual una flor silvestre. Ya la sola indicación de que, según la frase técnica, se trata "de una danza a contratiempos", indica su carácter afectado y docto. Pero esto no es todo. Cada detalle, cada movimiento, cada figura, cada ondulación, cada balanceo, son una sabiduría afectadísima.

¿Es verdad que esta danza es la que bailan los ganaderos en la pampa y los marineros en los lupanares de los puertos más alejados de Buenos Aires? La gente lo cree porque los periódicos lo dicen. Pero yo no puedo, lógicamente, aceptarlo. El pueblo del campo y la plebe de las provincias no tienen tiempo para aprender danzas complicadas. Más que de suburbios, por lo demás, el tango parece salir de algún hotel de Rambuillet del arte coreográfico, de tal modo su conjunto es un dechado de suaves *preciosités* y de elegantes complicaciones. En nuestro siglo, positivo y breve, hasta algo anacrónico resulta con sus treinta y dos figuras o pasos diferentes. Viéndolo bien, sin prevenciones, uno se dice:

—Este baile es un hermano de aquellas lánguidas pavanas y de aquellos ceremoniosos minués del siglo XVIII. Es un baile de corte...

Una anécdota hace ver las dificultades del tango, al mismo tiempo que su pureza. Cuando Richepin comenzó a escribir su *Tango*, las dos actrices que debían representar los principales pape-

les, mademoiselle Lavallière y mademoiselle Spinelly, se pusieron a aprender el nuevo baile. La noche de la *première*, no obstante, algunos espectadores entendidos en la materia notaron que lo que las dos lindas parisienses bailaban no era el tango. Interrogada por *Le Matin*, mademoiselle Lavallière contestó:

—Es cierto; lo que bailamos es una especie de *matchicha*...; el tango es demasiado difícil de aprenderse en unas cuantas semanas... Y, además, no es bastante voluptuoso...

Cierto. El tango argentino tal cual en París se practica, es una danza lenta, elegante, distinguida, aristocrática, casta y complicada. Las parejas van contando los pasos con un cuidado extraordinario. El menor error, y todo está perdido. Cada gesto corresponde a una regla severa e invariable. Y no hay uno solo de sus movimientos, así, ni uno solo, que la más pura señorita no pueda ejecutar.

Pero lo extraño, lo inexplicable, es que el tango que esta noche veo en este bajo y vil *bouge* de Buenos Aires no se diferencia del tango parisiense en ningún detalle esencial. Las bailadoras de Luna Park son, de fijo, más hermosas, más lujosas, más graciosas y más airosas que las de aquí. El baile es el mismo. ¿Consistirá tal fenómeno en que la influencia del refinamiento parisiense ha llegado ya hasta tan miserable y lejano arrabal?...

Lo ignoro.

Nuestro guía, no obstante, sigue convencido de que acaba de hacernos ver un espectáculo vulgarísimo, y se excusa diciéndonos de nuevo:

—Esto no es París...

Y cuando le aseguro que no veo diferencia entre el tango denigrado de la Boca y el adorado tango de Montmartre o de los Campos Elíseos, exclama:

—¡Parece mentira! ¡No ve usted que esta es una danza de lo más grosero, de lo más plebeyo!...

—Lo que parece mentira—le contesto—es que sea una danza popular, cuando parece hecha para ceremonias cortesanas...

LA FIEBRE DEL ORO

Hay en Buenos Aires una esquina famosa, a la cual acude la gente para completar el espectáculo que más puede interesar a un pueblo como este. En apariencia, todo es ahí lo mismo que en las demás esquinas del centro. Los hombres pasan rápidamente. Y vosotros, los que no estáis iniciados en los secretos del Banco y de

las Bolsas, ni siquiera volvéis hacia ellos la vista. Pero los verdaderos ciudadanos de la metrópoli, los que sienten palpitar en su pecho el corazón ávido y fantástico del negocio, ven en cada uno de esos pasantes a un héroe de cuento de hadas. Deteneos un minuto junto a un grupo y oiréis:

—Aquél vino sin nada... ni más ni menos que tú... y hoy tiene cien leguas de tierra en la Pampa.

O bien:

—Ese es el que quebró en 1889... Estuvo en la cárcel... Ahora es cien veces millonario...

O bien:

—El más pequeño es el propietario del Banco... Yo le conocí descalzo en el muelle...

Y es de observar entonces el fervor supersticioso con el cual los que esperan, y desean, y codician, contemplan a los que ya han sido canonizados por el éxito. Dueños de grandes riquezas en una época en que la riqueza es el mayor atractivo de la vida, los banqueros aparecen cual la encarnación de la dicha, del poderío, de la fuerza, de la tranquilidad. ¿Qué pueden temer, qué pueden desear, de qué pueden preocuparse siendo tan ricos? Cuando la gente sensata les cuenta los millones, acaba por exclamar:

—¡Con unos cuantos que me diera, ya no querría yo nada más!... ¿Para qué amontonar centenares cuando cuatro o cinco bastan?...

Es cierto... Cuatro millones, cinco millones, ¿qué más ha de querer un millonario cuerdo para gozar de la existencia?

Yo, por mi parte, confieso, empero, que el banquero o el bolsista que sabe detenerse a tiempo y marcharse con sus novecientos mil dólares de renta anuales bien saneados no me interesa. Mis millonarios son los que carecen de cordura y no se detienen nunca, por muchos millones que posean. En esta fiebre, en efecto, es donde reside la grandeza verdadera del gran acaparador de riquezas. El que, una vez dueño de la fortuna que puede darle lo que en nuestra época se compra, piensa en retirarse de los negocios, en aprovechar lo adquirido, en gozar, en fin, de la vida, es como el conquistador que se contenta con el primer pueblo sometido a su fuerza. La Historia está llena de ejemplos de esta clase; pero son ejemplos que nadie recuerda. En cambio, César, Carlomagno y Napoleón, conquistadores insaciables, conquistadores que conquistan por conquistar, que ni siquiera conocen las tierras que poseen, que no calculan lo que valen los países, sino únicamente el esfuerzo

que se necesita para adquirirlos, aparecen en el mundo como seres sobrenaturales. ¿Y qué son los Astor, los Vanderbild, los Rockefeller, los Mackay, sino grandes conquistadores del oro, caballeros errantes de un ideal, locos perseguidores de una quimera? Entre ciertos sabios ya es cosa vulgar la creencia de que la sed de los millonarios obedece a una verdadera enfermedad o, mejor dicho, a un desequilibrio. El oro no tiene en sí mismo nada que pueda atraerlos. Viviendo una vida de trabajo y de fatiga, no piensan jamás en placeres. Desde que se levantan hasta que se acuestan no hacen más que trabajar. En sus oficinas, en sus estancias, en sus Bancos, en todas partes, son los primeros. Sólo en el descanso son los últimos. ¡Qué digo descanso! La palabra misma choca cuando se trata de estos seres.

Y el trabajo no es nada. Lo trágico es el perpetuo temblor que agita sus almas. Porque en la realidad, lo mismo que en la novela de Julián Martel titulada "La Bolsa", un simple sacudimiento basta para convertir en humo el más grande, el más fuerte hacinamiento de riquezas. Y es que, al contrario de lo que nos figuramos los pobres, los millones, por lo general, no son sino abstracciones, cifras, quimeras. Los reyes de la Bolsa juegan con ellos lo mismo que los poetas juegan con las imágenes. Un rapto de inspiración los hace poseedores de todas las fortunas del día. Un descuido los arruina. Pero poderosos o desafortunados, lo único que en realidad tienen son números escritos en papeles.

LO QUE HACE FALTA

¿Qué le falta hoy a Buenos Aires para ser una verdadera hermana de París? Lo que puede comprarse con oro lo tiene ya. Y tiene, además, lo que el esfuerzo, guiado por la inteligencia y por la ciencia, logra crear en pocos lustros. Y tiene más, pues tiene lo que el milagro da: la elegancia, la gracia, el sentido de lo noble y de lo bello. Sólo una cosa le hace falta, y es la vida espiritual, esa vida, algo lenta en apariencia; esa vida, sin un fin positivo, sin un interés inmediato, hecha de renunciamientos, de silencio, de sacrificio y de pensamiento; esa vida, que está más llena de sutilezas y de refinamientos interiores que de fuerza productora y de genio creador; esa vida, que es el patrimonio de los pueblos viejos, en fin, y que quizás sea lo único que indica la verdadera civilización. Cuando los argentinos oyen hablar de esto suelen creer que lo que

se les niega es cultura general y alma creadora de arte. Pero no es cierto. Negar la cultura admirable de un pueblo que tiene esta Prensa, y estas Universidades, y esta "élite", y que es la patria de Zonza Briano, de Larreta, de Lugones, de Parravicini, de Irurtia. de Murature, de Jorge Mitre, de José Ingenieros, de Cantilo, de muchos otros que con igual desinterés y con igual ardor cultivan la belleza o las ideas, es cometer una injusticia. El mismo Pierre Baudin dice:

"Así, a la cabeza del país, se descubre una sociedad muy avanzada, muy culta, de elevado gusto".

Mas no es esto a lo que nos referimos los que hablamos de falta de vida espiritual, sino a una corriente misteriosa que, en las sociedades viejas, hace florecer las diputas bizantinas y las invenciones alejandrinas, a algo que inspira madrigales sin que la gente sonría, a un estado de ánimo que no puede crearse sino cuando algunas generaciones de desocupados han adquirido el hábito de meditar.

*
* *

Ahora bien, tales generaciones no saldrán de la vida de las calles céntricas y del vértigo de la existencia activa. Es demasiado tentadora la fiebre del oro para que puedan crearse jamás ermitaños de Florida o de Esmeralda. Esas generaciones serán las de los jardines, las que vengan a sentarse ante "El pensador", de Rodin. y sean capaces de desdeñar a los que, a cien pasos, negocian, se enriquecen, compran los placeres que están de venta y viven cual en una loca llama. Sí; yo espero una "élite" futura que, recogiendo bajo los árboles de los "squares" urbanos los reflejos y los matices del mundo, formará pronto una fibra de ideal y hasta de bohemia en el corazón cartaginés de la ciudad.

El símbolo de Academos no es un mito vano. Discurriendo entre flores es como se forma la atmósfera espiritual de un pueblo. Los atenienses tenían, para inspirarse, la impasible lección de Palas, erguido entre los olivos de los Propileos; los porteños poseen, en el bronce de la plaza del Congreso, al Apolo moderno, que no tiene ya, ¡ay!, la serena armonía del de Grecia; pero que, con su rostro atormentado por todas las dudas y todas las preocupaciones, encarna admirablemente la espiritualidad moderna.

¡Divino "Pensador", bendito seas tú, que, haciendo el único gesto que aun no era aquí familiar, has convertido tu pedestal en un

altar de ritos ideales, gracias a los cuales la metrópoli argentina se salvará del peligro del oro!

LA ALEGRIA

¿Tendré la enfermedad de encontrarlo todo alegre?... Aquí, en la metrópoli argentina, me pasa lo mismo que me había pasado antes en otros lugares donde los demás ven brumas y melancolías, donde yo encuentro la más delicada alegría de vivir. Todo se me antoja feliz, todo me sonríe, todo me hace pensar en la plenitud de ventura que corresponde a la existencia joven y sana. No obstante, cada vez que abro un libro sobre Buenos Aires me encuentro con las inevitables variaciones sobre la tristeza de la gente.

"Este pueblo—dice Santiago Rusiñol—es un pueblo triste por dos motivos: por la línea recta de las calles y por la vida de los habitantes, divididos en secciones: los que desbordan de los navíos de Europa, fletados por la miseria y la tristeza, y los que ya están en tierra faltos de arte y sobrados de dinero; los que luchan y los que ya están cansados; los que nunca han estado contentos y los que ya están descontentos".

¿Triste esta gente, tristes estos hombres, tristes estas mujeres?... No. ¿Por qué han de serlo? Las causas que mi querido y admirado Rusiñol indica son absurdas. ¿Qué tiene de triste, en efecto, la línea recta de las calles? Será fea, será monótona, será antiartística. Triste no. Y en cuanto a los emigrantes, podrán ser todo menos tristes. ¿Se ha visto jamás a Jasón triste?...

*
* *

El signo de la alegría de los pueblos, según los sociólogos, se halla en la abundancia de sus días feriados. No quiero meterme en averiguar si los argentinos tienen más fiestas de guardar que los españoles o los franceses. Un dato indica, no obstante, que desperdician pocas oportunidades, y es el de haber declarado feriado el 1.o de Junio de este año de gracia de 1914, por ser el día del Censo.

—Mas es justamente en las fiestas—exclaman mis contradictores—donde se advierte la tristeza de esta gente. ¿No notó usted, durante los desfiles populares del 25 de Mayo, la calma silenciosa de la muchedumbre?... No se oían ni gritos ni clamores... ¡Qué diferencia con otros pueblos!...

Es cierto. Otros pueblos hay que, apenas salen a la calle para celebrar una fiesta, se rompen los pulmones gritando. ¿Y qué pueblos

son éstos? Desde luego no es Sevilla, no, en donde las procesiones se desenvuelven en un noble silencio. Ni es tampoco Florencia, por cuyas calles hemos visto pasar, sin ruido, magníficos desfiles. Es Hamburgo, que grita en cuanto se congrega alrededor de una barrica de cerveza; es Manchester, en las grandes ocasiones; es Bruselas, en toda circunstancia y con cualquier pretexto. ¿Puede por eso decirse que los alemanes, los belgas y los ingleses son más alegres que los andaluces y los toscanos?...

*
* *

La alegría de Buenos Aires no es una alegría de día de fiesta, ni de borrachera, ni de barullo. Sus habitantes no ríen, no gesticulan, no hablan alto. Pero sonríen. Y no me refiero a la sonrisa culta, intencionada y algo esterilizada que el mismo Santiago Rusiñol ha descubierto en los labios de la "élite" porteña. Me refiero al sonreír de la calle, al del cochero, que no es gruñón cual el de París, ni desmayado cual el de Madrid; al de los guardias municipales, al de los camareros de café, al de los vendedores de billetes de lotería, al de los dependientes, al de los simples paseantes, en fin. Ya Anatole France notó que entre la gente callejera, que en el resto del mundo contiene una proporción grande de seres sórdidos y sucios, no hay uno solo, así, ni uno, que tenga aspecto miserable. ¿Dónde están los vencidos, los sin trabajo, los derrotados en la lucha por la vida?... Yo no los veo. Y ello sólo basta para dar a la ciudad un aspecto de dicha, de bienestar y de alegría que en ninguna otra parte del mundo se ve.

*
* *

Si esto os parece un modo negativo de considerar el asunto, y si me decís que se puede ser muy rico y no ser alegre, dejadme invitaros a tomar asiento en una terraza cualquiera de la Avenida de Mayo. La hora no importa. Al cabo de diez minutos estaréis rodeados de minúsculos limpiabotas que os propondrán dar lustre a vuestro calzado, aunque esté más reluciente que un espejo. No os inquietéis. Estos chicos, que llevan un cepillo y una caja de betún, no tienen nada de insoportables. Decidles "no", y no insistirán. En realidad, ni siquiera tienen empeño en trabajar. Su oficio es para ellos un juego. Corren, bromean, se disputan el pie del parroquiano que ríe, y nunca ponen en el cumplimiento de sus deberes la meti-

culosa e insoportable conciencia de los "lustros" de Italia. La mayor parte, sin embargo, parecen venir de las costas italianas, con sus deliciosas cabecitas rizadas, sus bocas de querubines y sus manos sucias. Son gorriones que viven en la calle y de la calle. Todo les divierte y todo les hace reir. Cuando uno de ellos se está comiendo un pastel, y otro, por detrás, se lo quita y se lo traga, la risa es general. Cuando un policía, con mano algo ruda, los aparta de la acera para dejar libre el paso, la risa es universal. Sin motivo ríen como en el guiñol. Y es que, realmente, resulta un perpetuo guiñol la vida de esos seres menudos, que son felices siendo miserables y que convierten el más bajo de los quehaceres en un juego sin fin.

¿Los minúsculos limpiabotas han acabado de interesaros? Mirad entonces a los demás vendedores ambulantes. Esa mujer morena, bien vestida, que os ofrece una camelia algo marchita para el ojal, no tiene nada de lo que en sus hermanas de Europa molesta. Con una sonrisa se acerca. Con otra sonrisa se va. ¿Y este que viene ofreciéndoos carteras de cueros variadísimos? Este es un ser que no existe sino en este país, donde la gente suele tener billetes de Banco y no sabe dónde llevarlos. Decidle: "No, gracias", y veréis que sonríe y se va. Ninguno de los que comercian tiene la crispación de los buhoneros de otras ciudades. Vender o no vender, poco diríase que le importa. Con su cara alegre sigue su camino, acariciando, de seguro, sueños de fortuna.

—De tal modo han comenzado muchos de nuestros millonarios —oímos asegurar a cada instante.

En una ciudad así, en la que el potentado de hoy es a menudo un mendigo de ayer, los pobres viven como los héroes de "Las mil y una noches", confiando en un Kismet occidental que lleva una levita y un sombrero hongo, pero que tiene, lo mismo que el de Bagdad, el poder de cambiar la condición de sus elegidos con una sola mirada. En los cuentos árabes el genio del azar dice a los que oyen, tomando café, las lecciones de la filosofía eterna: "¡Oh! Mortales: oid bien la enseñanza que os da el Destino, y prestad atención grandísima a las vicisitudes con que sabe hacer variar vuestra vida, ora elevándola muy alto, ora precipitándola muy abajo, cual una cuba en un pozo sin fondo". Ante las mesas de los cafés de Buenos Aires, donde se reunen los que luchan, los que codician, los que esperan, una voz misteriosa, con acento criollo muy parecido al acento árabe, murmura palabras análogas, infundiendo un mágico optimismo en el alma de las multitudes. La única diferencia está en que el oriental, después de escuchar, sigue soñando, mientras el

argentino se mueve. Pero el fondo de las divinas ilusiones, que a veces se convierten en bellas realidades, es el mismo. En las terrazas de la Avenida de Mayo, cuando os distraéis viendo a la gente, contemplad a los que se sientan solos en las mesas vecinas y notaréis que no hay ni uno entre ellos que carezca de cierto aire de esperanza. Aun los menos dichosos, en efecto, esperan, y la esperanza les da la sonrisa de la alegría, de la dicha, de la ilusión.

Gomez Carrillo

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida

Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN — Sarmiento 730

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.
Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.
Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 633.
Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.
Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. **Una hora millonario,** de E. García Velloso, 3.ª edición.
2. **La Huelga,** de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), 3.ª edición.
3. **Artemis,** de Enrique Larreta, 2.ª edición.
4. **Una madre en Francia,** de Belisario Roldán, 5.ª edición.
5. **Luna de miel,** de Manuel Gálvez.
6. **La Psiquina,** de Ricardo Rojas.
7. **Werther y Don Juan,** de J. Ingenieros, 4.ª edición.
8. **El cofre de ébano,** de Alejandro Sux, 4.ª edición.
9. **Un peón,** de Horacio Quiroga
10. **El instinto,** de Pedro Sonderéguer, 4.ª edición.
11. **La evasión,** de Benito Lynch, 3.ª edición.
12. **La ciudad del amor y de la muerte,** de Julián de Charras, 3.ª edic.
13. **El Bebé de Naranyana,** de Carlos Muzzio Sáenz Peña, 2.ª edición.
14. **Expiación,** de J. L. Fernández de la Puente, 2.ª edición.
15. **Un casamiento en el gran mundo,** de Elsa Norton, 2.ª edición.
16. **Plutón,** de Julio Navarro Monzó, (agotado).
17. **Bobó,** de Miguel R. Roquendo, (agotado).
18. **La esfinge,** de Julio del Romero Leyva.
19. **En la senda,** de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Toirá).
20. **La voluptuosidad del poder,** de Pedro Sonderéguer, 1.ª parte.
    " " " " " " 2.ª "
    " " " " " " 3.ª "
21. **El tul violeta,** de la Sra. d. R. de Orlandiz, (agotado).
22. **La degollación de los inocentes,** de Atilio Chiappori.
23. **El apóstol del Ayuí,** de Juan José de Soiza Reilly.
24. **Holocausto,** de César Carrizo, 2.ª edición.
25. **El pozo de las murenas,** de Pedro Angelici, 2.ª edición.
26. **La diva,** del Marqués de Atela.
27. **Hipódromo,** de Mario Bravo, (agotado).
28. **La revelación,** de José León Pagano.
29. **El caballo de Carcela,** de José de Maturana.
30. **Dorios,** de Cyro de Azevedo. 2.ª edición.
31. **La expulsión de los doctores,** de E. Richard Lavalle.
32. **Del Parnaso al [illegible],** de Eustaquio Pellicer.
33. **Cristina,** de Alfredo Duhau (número extraordinario), (agotado).
34. **El ataja-camino,** de Juan Carlos Dávalos.
35. **La conversión,** de Claudio de Souza.
36. **El último brindis,** de César Carrizo.
37. **El hombre de la barba en punta,** de Miguel R. Roquendo.
38. **La Casa de los Cuervos,** de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría). 1.ª p.
    " " " " " " " " " 2.ª p.
    " " " " " " " " " 3.ª p.





L. J. Rosso y Cía., Belgrano 475



